

patria ante aquel triunfo de los humildes soldados mexicanos, que habían sabido humillar el orgullo de los que venían apellidándose los bravos soldados de Magenta y Solferino, los primeros soldados del mundo!

El gobierno pudo tener un respiro para preparar la defensa nacional, con la conciencia de que aquella guerra inicua apenas había comenzado.



CAPITULO LIII.

Juárez es arrollado.

HABIA transcurrido ya un año después del acontecimiento notable que se acaba de relatar en el capítulo anterior. La disoluta corte de las Tullerías, por su capricho de intervenir en México, había gastado más de cincuenta millones, el séstuplo ó tal vez diez veces más quizás de lo que podían importar las reclamaciones justificadas que se presentaban contra nuestro gobierno, y habían perecido con la aventura napoleónica en ese año más de dos mil franceses, una tercera parte de enfermedades y los demás en acciones de guerra, sin que por eso se pensara en desistir de la empresa; antes bien, se había echado mano de los mejores generales, de los mejores regimientos, de los mejores buques de guerra, y de todo lo demás que se necesitaba para establecer un imperio, entre cuyos útiles se contaban hombres diplomáticos, políticos y financieros.

El momento que habían escogido Napoleón y sus cómplices para realizar aquel crimen de lesa-nacionalidad, no podía ser más oportuno: la República de los Estados Unidos estaba envuelta en la guerra separatista, y el gobierno del Norte estaba embebido en sus propios negocios para que pudiera ó quisiera ocuparse de los nuestros; nuestro partido liberal, aunque triunfante del de la reacción, había consumido sus fuerzas vitales en tres años de lucha sangrienta; una buena parte de los mexicanos, los vencidos, no lo estaban completamente, todavía contaban con muchos jefes de bandidos, con muchas guerrillas á cada momento derrotadas, pero no extinguidas: por eso el clero y los ricos conservadores del país estaban dispuestos á formar el nuevo bando que debería llamarse el partido traidor, porque iba á ponerse bajo la protección de los invasores, á fin de establecer una dinastía exótica: nada se presentaba tan fácil como la empresa napoleónica que había de tener por prólogo el imperio de Maximiliano y por epílogo la Baja California y Sonora convertidas en colonias francesas.

La mesa estaba puesta, el puchero estaba servido, no había más que acomodarse bien y engullir hasta los asientos.

Y ahora que había transcurrido ya un año, cuando ya parecía llegado el plazo de recoger el botín de la victoria, era cabalmente cuando iban á deslindarse bien los campos, y cuando iba á comenzar la gran contienda de la fuerza contra el derecho, del poderoso contra el débil, del oprimido contra el opresor, del patriota contra el traidor, de la libertad contra el despotismo, de los verdugos contra las víctimas: los primeros muy envanecidos y llenos de elementos y de confianza, y los segundos muy pobres,

pero eso sí, sostenidos por la fe y por el entusiasmo que comunican las buenas causas, cuando estas proceden de la justicia.

Era el 31 de Mayo de 1863.

Don Alejo Rincón y su esposa Refugito sólo esperaban para sentarse á la mesa que llegaran el Lic. Benavides y Adela, según la costumbre que tenían de comer juntos una vez por semana.

Se comía á la una en punto; pero en esta vez pasaban ya quince minutos de la una y no llegaban, por lo que don Alejo se paseaba impaciente por el corredor y á cada vuelta echaba un vistazo al zaguán.

Por fin aparecieron cuando ya casi iba á dar la media, notándose desde luego en el semblante de Benavides que algo le contrariaba ó tenía alguna preocupación.

—¿Algún pleito te impidió venir más temprano? le preguntó Rincón cariñosamente.

—No señor, le contestó el abogado estrechándole la mano. Es otra cosa que le referiré cuando estemos sentados. Les suplico á usted y á Refugito que me dispensen: yo he tenido la culpa. Adela me esperaba vestida é inquieta. Vamos, vamos al comedor.

Y después de los abrazos y besos de los papás para Adela, se sentaron todos á comer.

Rincón insistió luego:

—Vamos, cuéntame ahora.

—¿Acaso no han notado el movimiento que hay en la calle? preguntó Benavides.

—Yo sí, respondió Rincón y conocemos la causa. El comercio está alarmado por los preparativos que se están haciendo para defender la Capital. Los cañones de los

franceses acabarán con México como acabaron con Puebla, en donde según dicen, ha habido una destrucción espantosa.

—Pues ya no se defiende la Capital. Todos los extranjeros se han acercado á Juárez rogándole que no haga tal cosa, y se va hoy mismo al oscurecer, secretamente.

—Pero si se va secretamente, ¿por qué es el movimiento que hay en la calle?

—Porque por más que se ha hecho no ha podido guardarse todo el sigilo que se quería. Los empleados, los comprometidos, corren de aquí para allá buscando carruajes, buscando caballos, en fin, arreglándose para seguir al gobierno que va á establecerse á San Luis Potosí.

—Pues me alegro mucho, como comerciante, que no se defienda la Capital, porque un sitio prolongado nos arruinaría á todos; pero lo siento como mexicano, por que se les disputaría á los invasores cada pulgada de terreno.

—¡Oh! si todos los hombres de negocios fueran tan patriotas como usted! exclamó Benavides con entusiasmo.

—Y tú ¿qué piensas hacer?

—Mi primer movimiento ha sido correr á Palacio para ir á ofrecer mi brazo al gobierno.

—Pero tienes tu mujer, tienes tu hijo Carlitos, y esto debió haberte contenido.

—He luchado entre dos deberes en efecto. Por una parte yo no soy político, y en las luchas civiles me ha contentado seguir con mis simpatías á los liberales; pero ahora se trata de defender el suelo mexicano, ahora viene á profanarse la patria que todos estamos obligados á defender lo mismo que su autonomía. En el otro platillo de la balanza ha pesado mucho el amor que les

profeso á mi mujer y á mi hijo, y he visto las lágrimas que ha derramado mi Adela.

—Y.....

—Aunque he corrido ciegamente á Palacio sin atender á nada más que á mi deber de patriota, he encontrado aquello tan revuelto, tan sin piés ni cabeza, que no encontré quien acogiese mis pretensiones. Lo único que me han dicho es que sobran oficiales y que no hay con qué pagarles.

—Pero era una locura la tuya, dijo Refugio.

—Era una locura en efecto, señora, contestó Benavides; pero el patriotismo es ciego y sordo. Si no hubiera encontrado cerradas las puertas, á estas horas sería yo militar.

—Figúrense ustedes cómo estaría yo, dijo Adela, sin poder quitar esa idea á Domingo que se habia encaprichado ya en seguir al gobierno.

—¿Pero á tí qué te importa una vez que no eres empleado, ni militar, ni estás comprometido?

—Quería evitarme el bochorno de ver aquí á los franceses, quería evitarme también la vergüenza de ver á los traidores saludando al invasor, porque ha de haber aquí en México muchos traidores, y quería, sobre todo, contribuir en la esfera que me fuera posible á la defensa nacional.

—Ahora cuéntenos lo demás que sepas.

—Apenas oí decir en la Corte de Justicia que se marchaba el Gobierno, me fuí con varios amigos á Palacio para averiguar la verdad. Vimos á Juárez rodeado de sus ministros y algunos generales, porque la puerta estaba franca para todos cuantos querían entrar á la Presidencia, y aquel hombre de bronce estaba enteramente se-

reno como si no pasara nada extraordinario: á la vez que dictaba á su secretario algunos partes, que comunicaba á los ministros sus acuerdos, daba órdenes ó instrucciones á los militares, que estuvieron saliendo uno detrás de otro á cumplirlas. Al dar la una estrechó la mano á los que estaban cerca, saludó á los demás á su paso y sin que un solo músculo de su cara se contrajera, dijo que se iba á comer y que volvería á las tres de la tarde para despachar los asuntos pendientes. Entonces pudimos hablar con un ministro amigo, el cual nos dijo al oído:

—Dejamos la Capital esta noche. Ya las tropas están saliendo, no quedará aquí más que el Ayuntamiento con la policía.

—¿Pero no se defiende, pues, la plaza? preguntó uno de los que habían ido allí conmigo.

—No, contestó el ministro. Se han hecho muchas gestiones ante el gobierno y éste ha figurado acceder; pues nada hubiera importado al Presidente que no quedase piedra sobre piedra en esta ciudad si hubiera elementos para hacer una buena defensa; pero las principales tropas han sido destruidas, no tenemos con nosotros más que cinco mil hombres mal armados, no hay parque, no hay provisiones suficientes, y sobre todo, hace falta un general de prestigio en quien se pueda tener plena confianza. El señor Juárez dice que ya el gobierno hizo los esfuerzos que pudo y los seguirá haciendo á la medida de sus fuerzas; pero que en adelante el país mismo se levantará como se levantó en la revolución de Ayutla y en la guerra de tres años, y de allí, de las masas, surgirán los generales que han de venir forzosamente á dar la victoria á la República.

—¿Tiene fé el Presidente en el triunfo? pregunté yo.

—Mucha. Dice que ni diez Napoleones juntos conquis-

tarían á México, y mucho menos si terminara la guerra separatista en los Estados Unidos.

Nos despedimos, hicimos los comentarios correspondientes, y he ahí por qué razón nos tardamos mi Adela y yo, siendo mía la culpa.

Adela fué y le dió un beso diciéndole:

—Ahora ya se me salió el susto del cuerpo: ahora te quiero más.

—Ya veremos, ya veremos, contestó el abogado que siempre tenía su idea fija.

Al concluir la comida llegaron á tomar el café Nestor Rincón y su esposa Amparo. Estaban radiantes. En la primera oportunidad que se presentó dijo ella:

—¿No saben ustedes?. Ya van á dar los demagogos la estampida. Están ya muy cerca los que vienen á ponerlos en juicio.

—No están muy cerca, rectificó Néstor; lo que hay de cierto es que no se espera ya á los franceses en la Capital porque. corvas son triunfos.

Refugito hizo que inmediatamente cambiara la conversación.

En el resto de la tarde la Capital estuvo presentando un aspecto de los más tristes: el cielo estaba muy nublado, las calles estaban desiertas, solo de cuando en cuando se veían oficiales que corrían á caballo y caravanas más ó ménos numerosas de empleados y adictos al gobierno que salían como podían, aun algunos pié á tierra. Cuando vinieron las primeras sombras de la noche, el Presidente salió tranquilamente en un coche de camino, llevándose en sus archivos sólo los papeles más necesarios. Los demás los dejó en cajones clavados y sellados.

En otros carruajes iban los ministros y los cuarenta amigos que se llamaron más tarde los *inmaculados*.

Ahora vamos á terminar este capítulo con una escena de otro género.

Los nubarrones que durante la tarde habían estado entoldando el cielo se desgajaron por la noche acompañados de relámpagos, cayendo una lluvia que, sin ser una tempestad, no dejaba de ser nutrida y estrepitosa.

Elvira y Eva que habían estado en el balconcito hasta casi cerrar la noche viendo desde allí algo de lo que pasaba en la ciudad y esperando como siempre, aunque no se tenga ninguna esperanza, aunque fuera una ráfaga de viento que les trajera noticia de sus capitanes, pues desde que se había estrechado el sitio de Puebla por Forey ya no habían vuelto á saber nada de ellos, se estremecieron cuando su madre les dijo:

—Métanse, muchachas.

Y ellas se habían metido suspirando.

A poco había empezado á llover y entonces cerraron las demás puertas. Estaba ya la familia en la salita en torno de una lámpara que había en la mesa redonda, Eva y Elvira cosiendo, el hermano leyendo y la mamá dormitando, cuando distintamente oyeron ruido de sables en la escalera y luego tres golpes secos en la puerta de la vivienda.

—¿Es aquí donde llaman? preguntó la señora como sobresaltada.

—Sí, aquí es, contestaron ambas jóvenes, lanzándose á abrir la puerta vidriera que sólo tenía un pasador.

Quitar éste, abrirse ambas hojas y recibir á los capitanes Robles y Velázquez en sus brazos, todo fué uno.

Siguieron á los saludos, las preguntas de ordenanza sobre los motivos de por qué no habían escrito luego que

terminó el sitio de Puebla, y después de las reconveniones, lo de que, por una y otra parte se contaran lo más notable que hubiera pasado.

Robles y Velázquez refirieron punto por punto lo que sucedió después del hecho glorioso del 5 de Mayo; cómo aquello de que por un descuido que no podía disculparse militarmente, González Ortega se había dejado sorprender en el cerro del Borrego, teniendo cinco mil hombres por sólo noventa franceses que lo pusieron en derrota, frustrando el ataque de Orizaba en donde Zaragoza tenía la plena seguridad de pulverizar á Lorencez que sólo contaba con cinco mil hombres que estaban allí metidos en una ratonera.

—El triunfo era probable, pero no seguro, objetó Velázquez, porque los franceses tienen una disciplina tal, que combaten siempre hasta quemar el último cartucho. Sin el fracaso del Borrego quizás hubieran tenido que capitular; pero no sin dar al general Zaragoza algunos dolores de cabeza.

—¡Ay! continuó Robles suspirando, nuestro querido general Zaragoza murió desgraciadamente en Puebla, quién sabe si para su bien porque así se fué con toda su gloria, ó quién sabe si para nuestro mal, porque tal vez hubiera empleado mejores recursos para combatir á Forey, que los empleados por González Ortega y Comonfort; pero de seguro cualquiera que hubiera sido nuestra suerte teniéndole á él por jefe, no sería tan desastrada como la que tenemos ahora en que quizás no nos queda más recurso que irnos á morir de hambre en lo más intrincado de los montes ó en lo más profundo de las barrancas.

—Pero en fin, no nos han contado ustedes lo que siguió después del descalabro del Borrego.

—Tuvimos que retirarnos, contestó Velázquez tristemente, no sin librar algunos combates que tuvieron poca significación; pero que sirvieron sin embargo para acostumbrar á nuestra gente á pelear con los franceses que eran considerados como semidioses. Ya todos han visto que también vuelven la espalda cuando tienen miedo, que se saben rendir pidiendo perdón de rodillas cuando se ven perdidos y que se mueren como todo hijo de vecino cuando se les mete una bala en el cuerpo.

—Y el sitio de Puebla ¿qué tal estuvo? preguntó Elvira, no porque no conociera hasta los menores detalles, sino por oír hablar de ello á su novio.

—Pues el sitio de Puebla, contra lo que todos creían, duró sesenta y dos días con sus noches ¡carambolas! y cómo se quemó allí pólvora y cómo murieron allí franceses y mexicanos, principalmente en los ataques de San Javier y Santa Inés y el Cármen, en que los franceses no perdían ménos de tres ó cuatrocientos hombres en cada ataque, porque como siempre fueron rechazados, al retirarse sufrían nuestros fuegos á quema ropa y morían como hormigas. Si el gobierno francés fuera otro, exigiría la responsabilidad á Forey, que contra todas las leyes de la guerra estuvo mandando hombres al matadero, sin ninguna necesidad, porque como nosotros no teníamos ni parque ni víveres suficientes, nos hubiéramos rendido á los tres ó á los cuatro meses, sin haber matado á un solo francés.

—Pero, ¿cómo es posible que no hayan tenido víveres ni parque? pues entonces, ¿para qué se encerraron? preguntó la señora grande.

—Porque así somos nosotros: hacemos para pensar y no pensamos para hacer. Se pensó en hacer fortines, en

acumular allí cosa de veinte mil hombres; pero se creyó seguramente que se repetiría lo del 5 de Mayo, que en ocho días terminaría todo, una vez que Forey iba á ponerse entre dos fuegos, entre nosotros y el ejército de Comonfort que había de caerle en el momento oportuno, y que antes bien, fué quien dejó que le cayeran encima en San Lorenzo, volteándose el chirrión por el palito.

—Y bueno, Puebla sucumbió. . . .

—El fin, como ustedes saben, estuvo grandioso, sorprendente, tan inesperado, que hizo abrir á los franceses semejantes tapas. Rompimos las armas, quemamos el poco parque que quedaba y dimos libres á los soldados, de manera que los franceses no tuvieron más botín que las ruinas de una ciudad.

Los ojos de Eva y Elvira brillaban de entusiasmo.

Robles continuó:

—Los oficiales nos entregamos prisioneros en número de mil y tantos, y desde los generales abajo, casi todos nos hemos fugado del camino. Hoy sólo van desterrados á Francia los que no quisieron escaparse. Velázquez y yo sólo pudimos evadirnos ya en Veracruz, y desde allá hemos hecho una peregrinación digna de escribirse en bronce, que en otra vez les contaremos, porque hoy estamos muy de prisa.

—¡Cómo! exclamó casi toda la familia al mismo tiempo.

—Tenemos abajo á nuestro asistente con los caballos. Pocos como nosotros pueden contar ahora que tienen caballos y asistente: ya en otra vez les referiremos nuestras aventuras. Hoy tenemos que salir luego á dar alcance á las pocas tropas que lleva el gobierno, en primer lugar, porque mañana van á pronunciarse aquí los

mochos por el imperio, y en segundo lugar, porque necesitamos ir á presentarnos cuanto antes para tener colocación y . . . ascenso.

Velázquez se rió y ambos apresuraron la despedida, que fué muy tierna, á cuyo efecto tuvo que disimularse un poco la mamá, pues por lo que respecta al muchacho ya se había dormido.

—¡Tuya hasta la muerte! dijo Elvira al oído de Robles.

—¡Te amaré eternamente! dijo muy quedo Eva á Velázquez.

Y se oyó como un susurro que no fué sino un doble beso.



CAPITULO LIV.

Una mujer fuerte.

VAMOS á encontrarnos entre gentes más sencillas todavía y muy ajenas á la política y á los grandes sucesos, que las que acabamos de escuchar en el capítulo precedente. Ahora volvamos á un pueblecillo que ya fué nuestro conocido en otra parte de esta relación y en donde contamos también con amigos. Nos presentamos ahora en Santa Ana Acatlán, en la casa del licenciado Quiñones, en donde con motivo de las noticias del día, están reunidos los principales del pueblo, que forman allí como una sola familia.

—A ver, Patricio, dice el abogado, repite á los señores lo que acabas de contarme.

—Son las noticias que corren en Guadalajara, yo nada invento.

—No tengas cuidado, hombre, estamos entre amigos,